

BUSCANDO A LA BESTIA



Pocas horas después de que yo hablara con Dupin sobre la posibilidad de que el criminal fuera un orangután, dejaron en libertad a Brandy Bones. También exculparon del cargo de asesinato a William Bird, aunque lo acusaban de haber robado el dinero que había en la casa.

Ahora solo faltaba demostrar que mi teoría era cierta. El problema era cómo hacerlo. Auguste Dupin, sin embargo, tuvo una brillante idea que pusimos en marcha al día siguiente. Se trataba de publicar un falso anuncio en el *Boston News* que decía lo siguiente:

**ORANGUTÁN ENCONTRADO EN BOSTON**

Para recogerlo, su dueño habrá de personarse en la calle de la Independencia número 13.



Era la dirección de la casa donde vivía Auguste Dupin, una pequeña y confortable mansión situada a dos manzanas de la Jefatura de Policía. Como era la primera vez que yo iba a esa casa, solo entrar tuve que hacer un círculo caminando con mis pasos. Por suerte, Dupin, que había ido a buscarme una taza de chocolate, no me vio, porque era lo que le faltaba saber sobre mí para pensar que yo no estaba bien de la cabeza. Los dos nos instalamos en la sala. A primera hora, Charlie vino personalmente a entregarnos uno de los primeros ejemplares donde había aparecido publicado el anuncio. Naturalmente, contábamos con la colaboración del *Boston News* por si alguien se ponía en contacto con ellos. El anuncio se había publicado en un lugar preferente. Dupin también invitó a Charlie a una taza de chocolate. Él se la bebió de golpe y, como siempre, se fue a toda prisa.



Auguste Dupin había hablado con el director de mi escuela de manera que se me permitiera saltarme las clases ese día. Él, por indicación de la policía, quedó obligado a no decir nada a mi padrastro.

Esperamos en la casa del inspector todo el día. Nadie custodiaba la puerta porque lo que queríamos era, precisamente, discreción. Además, casi todos los agentes continuaban ocupados en el caso de la desa-



parición del niño Michael Bloom, del que desgraciadamente no se tenía ninguna pista. Llamaron por dos veces: la primera, un vendedor de seguros; después, un agente vestido de paisano para preguntar si todo iba bien. Pasadas un par de horas, yo ya estaba perdiendo la paciencia. ¡Por mis muertos, qué aburrimiento no hacer nada! En cambio, Dupin dejaba transcurrir las horas sin inmutarse mientras fumaba tranquilamente en su pipa. Yo me distraía dibujando con la yema de mi dedo todo tipo de formas geométricas sobre el apoyabrazos del sofá de terciopelo. El inspector se reía de que yo fuera tan inquieto:

—Yo, cuando tenía tu edad, era igual de movido que tú.

Una vez más me insistió en que un investigador debía ser paciente.



Cuando comenzaba a anochecer, llamaron por tercera vez. Mi corazón se aceleró. Habíamos dejado la puerta entreabierta a propósito para dar confianza a nuestro hombre.

—¡Adelante! —dijo Dupin en un tono exageradamente cordial y alegre.

Tenía unos 40 años y era alto, robusto y musculoso. Su rostro, muy tostado por el sol, estaba en





gran parte oculto por las patillas y los bigotes. Se inclinó, como saludo, y nos dio las buenas tardes:

—Me llamo Peter Black, marinero de profesión.

Debo reconocer que yo estaba aterrado. Todo lo contrario que Dupin, que parecía estar recibiendo la visita de un viejo conocido.

—Siéntese usted, amigo mío —Dupin hablaba con aplomo—. Supongo que viene en busca del orangután. Es un magnífico animal, que presumo que debe de tener un gran valor. ¿Qué edad le calcula usted?

El marinero respiró profundamente, con el aire de quien siente un gran alivio, y contestó:

—No podría decirlo, pero no más de cuatro o cinco años.

El hombre miró a su alrededor.

—¿Lo guarda usted en esta casa?

Dupin ya tenía preparada la respuesta:

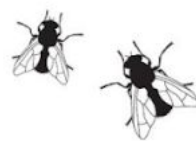
—¡Oh, no! Carecemos del lugar adecuado. Está en una caballeriza cerca de aquí. Podrá usted llevárselo mañana por la mañana. ¿Supongo que estará en condiciones de probar que es usted su propietario?

El marinero asintió algo dubitativo, al tiempo que Dupin esbozaba una sonrisa.

—Lamentaré separarme de él —dijo el inspector.

—No quisiera haberle molestado por nada —declaró Peter Black—. Estoy dispuesto a pagar una recompensa por el hallazgo del animal. Una suma razonable, se entiende.





Yo los escuchaba en silencio. Admiraba la frialdad que mostraba el inspector.

—Estupendo —repuso—, eso me parece muy justo. Déjeme pensar: ¿qué puedo pedirle? ¡Ah, ya sé! Ya sé cuál será mi recompensa. Para satisfacer mi curiosidad, me contará usted todo lo que sabe sobre los crímenes de la calle Morgue.

Peter Black se quedó de piedra, paralizado al oír las palabras del inspector. ¡Y yo también por su atrevimiento! Dupin pronunció las últimas palabras casi susurrando. Después, con igual calma, fue hacia la puerta, la cerró y guardó la llave en el bolsillo. Yo me quedé estupefacto cuando extrajo una pistola y, sin la menor prisa, la colocó sobre la mesa. Lo mismo le sucedió al marinero. Enrojeció como si un sofoco se hubiera apoderado de él. Dupin continuaba sin alterarse.

—Amigo mío, se está usted alarmando sin necesidad —dijo cordialmente Dupin—. Le aseguro que no tengo intención de causarle el menor daño. Estoy seguro de que es usted inocente de las atrocidades de la calle Morgue. Sin embargo, sería inútil negar que se halla implicado en ellas. El caso puede plantearse de la siguiente manera: usted no ha cometido ningún crimen. Ni siquiera se le puede acusar de robo. No tiene nada que temer ni razón para ocultar lo que sabe y mostrarse colaborador.

Black, muy nervioso, le interrumpió.

—Es usted policía, ¿verdad?



En ese instante, sentí como mi corazón se paralizaba. El silencio se apoderó del lugar. Dupin, de repente, parecía ignorarlo.

—Soy inocente —declaró por fin el marinero.

Dupin sonrió:

—Si es inocente, repito: no tiene nada que temer. La verdad es la mejor defensa.

Peter Black, muy tenso, jugueteaba nerviosamente con las manos. Solo se escuchaba su profunda respiración, como intentando tranquilizarse. Finalmente, decidió hablar. Y lo que nos contó, más o menos, fue lo siguiente.



Meses atrás, el marinero había hecho un viaje por el Índico. Un grupo del que formaba parte desembarcó en Borneo y penetró en el interior de la selva a fin de hacer una excursión. Entre él y su mejor amigo, también marinero, capturaron a un orangután de pelo rojizo. Su compañero tomó un gran afecto al simio, pero enfermó por una picadura de serpiente. Para cuando se dieron cuenta, no había remedio. Le hizo jurar por su honor que cuidaría del orangután cuando muriese. Así fue como Peter Black se convirtió en el único dueño del animal.

Después de considerables dificultades ocasionadas por algunos ataques de ferocidad del simio durante el viaje de vuelta, logró finalmente traerlo a América y solo se le ocurrió encerrarlo en el apartamento que alquiló en Boston. Para aislarlo de la



incómoda curiosidad de sus vecinos, lo mantenía cuidadosamente recluido mientras el animal se curaba de una herida en la pata que se había hecho con una astilla a bordo del buque. Por suerte, el animal se había mostrado muy dócil mientras estuvo herido; pero, al restablecerse, fue recuperando su carácter nervioso, así que el marinero había decidido venderlo.

Una noche, o más bien una madrugada, al regresar de una juerga de marineros, Peter Black se encontró con una inesperada sorpresa. El orangután había entrado en su dormitorio, después de escaparse de la habitación donde su captor había creído tenerlo sólidamente encerrado. Navaja en mano y embadurnado de jabón, el orangután se había sentado frente a un espejo y trataba de afeitarse, tal como, sin duda, había visto hacer a su amo. Aterrado al ver arma tan peligrosa en manos de un animal, el marinero se quedó un instante sin saber qué hacer. Esa vacilación fue fatal.

Normalmente lograba dominarlo, incluso en sus arrebatos más terribles, con ayuda de un látigo. Esta vez, al ver ese instrumento de castigo, el orangután se lanzó de un brinco contra la puerta, bajó las escaleras y, desde ellas, saltando por una ventana que estaba abierta, se dejó caer en la calle.

Desesperado, el marinero se precipitó en su persecución. Navaja en mano, el mono se detenía para mirar y hacer muecas a su perseguidor, dejándolo





acercarse casi hasta su lado. Entonces, echaba a correr otra vez. Siguió así la caza durante largo tiempo. Las calles estaban tranquilas, pues aún no había acabado de amanecer.

Desgraciadamente, cuando llegaron a la calle Morgue, la atención del orangután se vio atraída por la luz que salía de la ventana abierta del aposento de Camille Lespan en el segundo piso de su casa. Precipitándose hacia el edificio, descubrió la varilla del pararrayos, trepó por ella gracias a su extraordinaria agilidad y levantó la persiana. Acto seguido, se lanzó hacia adelante hasta caer sobre la cabecera de la cama. Todo esto había ocurrido en menos de un minuto.

El marinero, entonces, se sintió tranquilo y preocupado al mismo tiempo. Sus esperanzas de volver a capturar a la bestia renacían. Al animal le sería difícil escapar de la trampa en que acababa de meterse, salvo que bajara otra vez por el pararrayos, ocasión en que sería posible atraparlo. Por otra parte, se sentía preocupado al pensar en lo que podría estar haciendo en la casa.

Peter Black, con su habilidad de marino, pudo trepar por la varilla del pararrayos hasta el tejadillo del patio. Desde ahí no pudo seguir adelante, porque la ventana del segundo piso estaba demasiado lejos y sabía que, con su peso, la varilla que iba hasta el tejado no aguantaría. Se echó a un lado y trató de vislumbrar desde su posición el interior del aposen-



to. Apenas pudo ver nada, pero lo que escuchó fue suficiente para sobrecogerlo. Intentó llamar al animal, gritarle... Nada. Fue en ese momento cuando empezaron los espantosos alaridos que pudieron oírse en todo el vecindario.

Cuando el marinero levantó su mirada en dirección al dormitorio, pudo ver proyectada en la pared la sombra del gigantesco animal agarrando a la madre por el cabello. El simio agitaba la navaja cerca de su cara imitando los movimientos de un barbero. La hija, Berthe, yacía en la cama inmóvil, tal vez víctima de un desmayo. Los gritos y los esfuerzos de la anciana señora, tuvieron por efecto que el animal se pusiera aún más furioso. Rechinando los dientes y echando fuego por los ojos, saltó sobre el cuerpo de la joven y, hundiéndole las terribles garras en la garganta, las mantuvo así hasta que la mató.

Por un instante, el orangután se asomó a la ventana, pero vio a Peter Black con el látigo. La furia del orangután se convirtió en miedo. Seguro de merecer un castigo, se lanzó por el cuarto nervioso y agitado, rompiendo los muebles a cada salto. Finalmente, se apoderó del cadáver de Berthe Lespan y lo metió en el cañón de la chimenea, tal como fue encontrado después, a lo mejor tratando de ocultar instintivamente lo que había hecho. A continuación, agarró a la anciana y la tiró de cabeza por la ventana. Peter Black contempló la caída del cuerpo incrédulo y estupefacto.



—*My God! Terrible!*—bramó desesperado.

Fueron las palabras que los testigos oyeron mezcladas con los diabólicos sonidos que profería la bestia.

Aterrorizado, el marinero se deslizó hasta el suelo y corrió inmediatamente a su casa, temeroso de las consecuencias de semejante atrocidad.

Peter Black concluyó diciendo que el orangután debió de escapar por la varilla del pararrayos por donde había entrado, antes de que la puerta de la vivienda fuera forzada.



Al relato le siguió un estremecedor silencio, solo roto por la respiración agitada del marinero.

Tanto Dupin como yo estábamos recuperándonos de la impresión causada por la brutal descripción del marinero. De repente, pensé en Joana, la compañera de clase de mi hermana Rosalie. Esa madrugada había afirmado que había visto un gigantesco animal. Sus padres no la habían creído, pero estaba claro que ella no había mentado. El inmenso animal que había visto era, sin duda alguna, el orangután asesino.



Por fin, Dupin miró a los ojos a Peter Black y le habló con una tranquilidad pasmosa:



—Tendrá que acompañarme, señor Black. Ahora que nos ha contado la verdad, le diré que, efectivamente, soy inspector de la policía.

Al oír que Dupin pronunciaba la palabra «policía», el rostro de Peter Black se transformó. De repente los músculos de su cara se tensaron. Sus ojos se entrecerraron con odio. Su piel enrojeció. Era como si, de repente, hubiera enloquecido. Se levantó de un brinco y se abalanzó contra Dupin, con tal presteza que el inspector no pudo hacer nada para defenderse. Lo sujetó del cuello al tiempo que le inmovilizaba los brazos.

—¡Lo sabía! Sabía que todo esto solo podía ser una trampa. A mí nadie me engaña. Debería estrangularte —bramó el marinero.

Mi corazón se aceleró hasta el infinito. Estaba seguro de que ese hombre era capaz de matar a Dupin, y también a mí.

